



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Moya, Colombia (1995)**  
**“HACIA UNA DANZA EDUCATIVA”**  
**en Perfiles Educativos, No. 68 pp. 55-57.**

## HACIA UNA DANZA EDUCATIVA

Colombia MOYA\*

*Colombia Moya aboga porque nuestro sistema educativo abrigue en sus escuelas de arte, ya sea danza, música o teatro, una danza educativa.*

*«Una danza -dice- para educar cuerpos y mentes, abrir compuertas a la inteligencia muscular y a la percepción personal del mundo, de la vida, del lenguaje corporal con gramática propia y posibilidades de expresar lo que no dicen las palabras».*



**TOWARDS AN EDUCATIVE DANCING.** *Colombia Moya pleads that our educational system harbours in its art schools what she calls educative dancing, whether the school be dedicated to dance, music or theater.*

*«A dancing for educating minds and bodies,» she suggests, «for opening ways into the muscular intelligence and into the self perception of the world, of life, of a corporal language with its own grammar and the possibilities of expressing what words cannot say.»*

¡Quiero advertir que más que una ponencia, esto será una charla breve basada en la experiencia vivida en la danza a lo largo de toda mi existencia; en ella expondré a ustedes algunos puntos y preocupaciones que considero de gran significación y, sin pretender enunciar verdad absoluta alguna, hablar de lo que en mi opinión personal podría significar la danza en el contexto de la educación, una danza educativa que contribuyera substancialmente en la formación integral de los estudiantes universitarios.

Seguramente todos ustedes alguna vez han bailado o visto bailar, lo cual siempre resulta agradable, entretenido, pues es «bonito, vistoso», pero pensamos, ¿qué más podría ser bailar, qué podría ser la danza? ¿Alguna vez se lo han preguntado? Bailar es un acto de sinceridad. Es un impulso, una satisfacción, un acto de entrega. Bailar es danzar, y danzar es una catarsis entre el yo soy, yo estoy, y el mundo que me rodea. Danzar es un acto compartido, y compartir es ser, en los otros, un nosotros, porque bailar es, para quien por nosotros baila, compartir la danza bailando o viéndonos bailar. Bailar es un acto sencillo, orgánico y auténtico en tanto sea sincero; y un acto sincero, auténtico, es orgánicamente puro, original, genuino, y lo genuino es natural. Por tanto, la danza es natural, sin distinción de sexo, edad, compleción física, o desarrollo técnico si se posee alguno, pues la danza no es privilegio exclusivo de los profesionales o de las niñas bonitas.

Las secuencias naturales de la danza, emanadas de un ancestral impulso vital primigenio, fortalecen la presencia, afirman el yo y proporcionan armonía y satisfacción al espíritu. Bailar es ir mas allá de las palabras, es hablar con el cuerpo, vibrar, sentir, amar y vivir. El lenguaje del cuerpo es infinito, como infinita es la capacidad de la mente y el espíritu para expresarse a través de los movimientos del mismo. De este modo, cada cuerpo posee tanta capacidad creativa para expresarse, como capacidad de observación e imaginación contenga para traducir en su propia identidad corporal, lo que ve, lo que siente.

Bailar es danza y la danza, como otras expresiones creativas, también posee una disciplina, lo cual solo significa un orden de cosas, un enfoque, un método de trabajo; una educación mecánica del cuerpo que provoca un desarrollo técnico para ampliar la capacidad de movimiento y «expresión», aunque con frecuencia,

---

\* Profesora de la Escuela Nacional Preparatoria.

estas estructuras «técnicas o académicas» no expresan absolutamente nada, excepto, en el mejor de los casos, un virtuosismo calistécnico, sacrificando el contenido por la forma.

La danza es un reflejo de la sociedad donde se produce, la expresa y la define. Bailar es para la gente común y corriente acto de socialización; para los profesionales, de exhibición. Conocer los principios de la danza significa integración del yo, del propio cuerpo, y de asimilación a la sociedad, al mundo, su realidad, su historia y su cultura, pues la danza se engendra en las culturas más antiguas de la civilización humana. Si originalmente (imaginemos los tiempos más remotos), la danza, es decir, bailar, era un acto sagrado, un ritual, una fiesta o ceremonia con una función social sustantiva para la vida de la comunidad, no se olvide que a través de ella se expresaban emociones y tradiciones para sobrevivir: danzas de fecundidad, iniciación, lluvia, guerra, adoración y muerte, actualmente, cuál sería para los simples mortales, la función social de la danza, ¿para qué nos puede servir, si no hemos de ser bailarines profesionales? Tendríamos acaso que integrarnos a la danza folclórica, heredera de la función social de la danza anteriormente señalada, para no convertirnos en artistas de teatro.

¿Qué posibilidades de expresión propia tienen los jóvenes estudiantes de las universidades y centros educativos del país para no convertirse en una patética imitación de artistas profesionales o de comunidades indígenas y regionales? ¿Será suficiente la catarsis corporal en las discotecas, reventones, bodas, XV años y fiestas de la casa? ¿Qué aprenden los muchachos cuando hacen danza en las escuelas?

Además de los atributos y bondades de la danza para con el cuerpo humano, mencionados anteriormente, sabemos que nos proporciona elasticidad, coordinación, agilidad y resistencia y hasta quema la grasa. También expresa y comunica, y los chicos pueden comunicar lo que les enseñó el maestro que «comunicaran», lo cual ni siquiera se pone en duda. Así, los alumnos tampoco saben lo que ellos mismos son capaces de expresar y cómo hacerlo, sin las muletas de los ejercicios memorizados y aprendidos a sangre y fuego. Robotizados, desviados de su propio potencial creativo, los estudiantes de danza en las escuelas apenas si pueden dejar a un lado los vendajes de una educación represora desde la infancia de la capacidad psicomotora, así como de la expresión creativa; y sus cuerpos torpes y ateridos, sólo expresan miedo e inseguridad, y hasta vergüenza de exhibirse, sin el escudo de la ropa y las máscaras de la conducta social.

Si según A. Cabral, «la cultura es la síntesis dinámica, en el nivel, conciencia, de individuos y sociedades, de la realidad histórica, material y espiritual», y la cultura está compuesta por diversos factores, entre ellos el religioso, económico, político, y educativo, así como de factores ambientales externos, por sólo citar los más importantes, cabría preguntarnos en qué proceso de la corriente histórica nos encontramos, así como qué marco cultural nos identifica, qué identidad poseemos ahora, y qué identidad queremos tener. «Si la cultura es un elemento esencial del proceso histórico, y es en ella donde residen la capacidad de elaborar o fecundar elementos que aseguren la continuidad de la historia y determinen al mismo tiempo, la posibilidades de progreso o regresión de la sociedad, y las manifestaciones culturales son las diferentes formas por las cuales se manifiesta individual o colectivamente la síntesis dinámica del fenómeno cultural», cabe reconsiderar, en la cresta de la ola del viraje histórico de los «tiempos modernos», cuál es el valor de la cultura en el agónico siglo XX y su transición al XXI, y qué educación cultural estamos dando a los jóvenes, con qué enfoque, con qué herramientas, con qué objetivos? ¿Es suficiente esta «sensibilización» artística para el gran salto al futuro?, o es un adorno extra, el recuerdo de tiempos mejores. Podría aspirarse a una cultura estudiantil o estamos ante la fabricación masiva de patrones mecanizados e inconscientes de una gigantesca cultura mercancía, deshumanizada e indiferente?...

En mi opinión aquí, radica el parteaguas de la concepción y enfoque que se le podría dar a la educación cultural escolar. Sabemos de hecho que en el mundo del arte, la creación artística no tiene frontera alguna, fórmula o instructivo a seguir para ser genuina, y que el talento o la cantidad del mismo, no se compra en la tienda de enfrente, no lo regala un profesor por más que nos ayude o se garantiza por decreto oficial. Pocos, muy pocos, son los que en realidad logran la perfección, la autenticidad y la significación del arte verdadero. El hecho de seguir paso a paso los caminos de la técnica académica, el lenguaje codificado para poder expresarse, no siempre garantiza, aun en su máxima perfección, que se logre ser un artista. Sin embargo, a los estudiantes universitarios se les enseñan los rudimentos o las base de este camino hacia el arte y el hombre, el hombre y la cultura, la cultura y la historia, y el arte y las artes, por sólo abrir un poco el ángulo del enfoque. Es obvio que ante la masificación de la enseñanza y la velocidad de acontecimientos mundiales a todo nivel, valdría la pena enseñar a pensar, pues si para los comerciantes el arte es un producto negociable con altos réditos, y para los políticos excelente carta credencial, para la gente, para los estudiantes, éste podría ser el sustento de su cultura, la base de su identidad y la expresión multiétnica de su raza, de su gente, de su país.

Si la danza profesional se ha convertido, en todo el mundo, en el templo del narcisismo y la cuna del egocentrismo más refinado de cuantos existen, y los maestros de danza hemos bebido irremediabilmente de esta fuente, es lógico que «a nuestro modo», aun con programas de estudio accesibles o «facilitos» para los estudiantes universitarios, se les imponga una disciplina pseudoprofesional, imitativa y pobre, que más que enriquecer a los chicos, imprime en ellos patrones estéticos muy discutibles y peor aún, los convierte en acólitos descerebrados en la dinámica del proceso cultural, es decir, impide o retarda en ellos procesos de pensamientos propios, criterio personal e identidad propia.

Es conveniente aclarar que los avances académicos logrados representan indiscutiblemente ventajas, sobre todo para aquellos poquísimos alumnos, uno en mil, que descubren a través de este acercamiento con las artes, la danza en este caso, que realmente tienen condiciones físicas apropiadas, talento, vocación y agallas para decidir abrazar la danza profesionalmente; pero es claro que por este pequeño porcentaje del alumno, quedan todos los demás, o sea el 99 por ciento sin probabilidades de engrosar las sufridas filas de infantería de la danza mexicana y, que por lo mismo, el enfoque educativo de la danza debe ser distinto, adecuado a éste porcentaje sobrante.

Cabe aclarar que una cosa son las escuelas de arte, ya sea danza, música o teatro, para profesionales, y otra las de aficionados. Por mi parte, diría que otra cosa muy distinta sería en todo caso una DANZA EDUCATIVA. Una danza para *educar* cuerpos y mentes, abrir compuertas a la inteligencia muscular y a la percepción personal del mundo, de la vida, del lenguaje corporal con gramática propia y posibilidades de expresar lo que no dicen las palabras.

Aprovechar los adelantos técnicos logrados para ir mas allá de su pobre imitación y buscar el concierto, la armonía con un cuerpo que cargamos pero que desconocemos en toda su extensión y potencial. Rompiendo límites de tecnicismos, prejuicios y mordazas, quizás la gente joven pueda entender más fácilmente lo que es la iniciativa, la lógica de pensamiento y de movimiento, la maravilla de la vida y la dinámica del espíritu.

Si la química del amor reside en todos los componentes psicofísicos del cuerpo y da alas y fuerza sin igual al espíritu dando razón y mayor validez a nuestra existencia, pues en ello se basa nuestra cultura, qué no podría lograrse al adquirir toda la fuerza poderosa de nuestra identidad corporal.

Ahora, en un tiempo de derrumbes y nuevas estructuras insospechadas, las fauces de la vorágine de la productividad, la comercialización, la guerra y el narcotráfico parecen no darle mucha oportunidad al cuerpo humano. Nunca como ahora, educar nuestro cuerpo-conciencia-espíritu, es más necesario, pues es esta pequeña masa de músculos, huesos y nervios la que finalmente ha hecho y deshecho todo.

Dudosa es en realidad la supuesta educación artística que se difunde en escuelas y centros educativos. Realmente en ellas se dan «nociones» del asunto imponiendo criterios y patrones estéticos inmóviles, pues no hay tiempo de profundizar mayormente en el problema central que es la cultura. No el culto al éxito a través del dinero, del poder económico y político, la deshumanización del cuerpo convertido únicamente en objeto sexual mientras se está joven, la cultura del desperdicio, la violencia y la incomunicación, sin que hasta el momento, los medios masivos oficiales contrarresten al menos en un 50 por ciento, la bárbara difusión del producto, del comercio, sexo, alcohol y riqueza.

Creo que es el tiempo de reconsiderar muy seriamente la función y los objetivos del arte y la cultura en los centros educativos universitarios, así como el que los maestros revisemos nuestro cargamento cultural, conceptual y didáctico-metodológico, si es que se desea hacer frente al tiempo de transición histórica que vivimos. Tiempo en el que notablemente los valores se transforman en cosas insospechadas o se pierden, y el cuerpo humano y la vida, evidentemente con toda ironía, no valen nada. La crueldad y la deshumanización han posado su bárbara planta en el corazón de la tierra. Creo que la cultura y el arte son aún el rescoldo del espíritu del hombre. El espíritu armónico y concertante entre la propia especie humana y la naturaleza, la vida, nuestra madre tierra.